

Habitación 467

Pequeño homenaje atemporal a un gran amigo del que aprendimos a dar sin pedir nada a cambio y, sin pretender cambiarnos, cambiar la relación social que se da entre nosotros para destruir este mundo y construir otro.

En este pequeño cuento de invierno Henri nos comparte el mundo terrible y maravilloso en el que se sumergió durante su hospitalización debida a una operación de urgencia, y que nosotros traducimos en su homenaje.

Amigos de Henri

En aquella atmósfera lechosa, aunque pura y dura, indefinible, sus ojos abiertos de par en par parecían ver lo que los otros sentidos le transmitían, sin poder sentir que uno de ellos, por su mayor intensidad, lo pudiera sacar de aquella bruma comfortable.

No percibía nada más que aquella presencia incolora, inodora, insípida, sin relieve alguno, desprendida completamente de un tiempo anterior, como si no hubiera existido pasado y no hubiera futuro. Una especie de estabilidad total, inmutable, que no hubiera llegado de ninguna parte y que no transcurriría hacia nada.

Sin embargo, algo evolucionaba, ya que, todo y no saber de dónde, cierta cosa desconocida emergía de algún lugar, puesto que tenía la sensación de un más allá. Aquello poseía un pasado y llevaba en sí un desarrollo, contradiciendo aquella sensación global, rechazándola y definiendo de alguna manera sus límites.

Fue entonces cuando surgieron, de manera encadenada, unas preguntas: ¿Desde cuándo se encontraba allí? ¿Cuál era aquel mundo impreciso en el que estaba inmerso? ¿Cuál era aquel otro mundo del que venía? Un breve instante tuvo la sensación de que su cuerpo flotaba inmóvil sobre un mar en calma que se extendía hasta el infinito, sin vislumbrarse una orilla que hubiera abandonado o donde atracar, ni emerger ningún arrecife. Un arrecife al que hubiera podido agarrarse. No para escapar de una tormenta inexistente, sino para intentar encontrar alguna aspereza que habría abierto una puerta olvidada fuera de aquella infinita e inexorable monotonía. Pero ni siquiera era eso. Su cuerpo no flotaba sobre un océano pacífico, sino que estaba inmerso en una totalidad en la que ninguno de sus sentidos transmitía otra cosa más que una pasiva neutralidad. Ningún signo de dolor, de alegría, de tristeza o de nostalgia que hubiera supuesto la mano caritativa que le permitiera atravesar la cortina nebulosa, opaca e inmutable de aquel estado en que no sentía nada –literalmente nada–, en que nada iba ni venía. Sin embargo, algo se había producido, pues podía empezar a percibir, como del exterior, las circunstancias de aquella neutralidad, como fuera de aquel sistema en el que había sido colocado. Aquella última impresión esbozó una especie de deslizamiento hacia cierta percepción del lugar donde se hallaba, así como el sentimiento de querer saber más sobre ello.

Fue en el mismo instante en que abrió los ojos, lo cual no se le había ocurrido hasta entonces, cuando surgió de casi ninguna parte la necesidad de saber dónde se encontraba en aquel momento.

De entrada, solo se dio cuenta de una especie de caja más bien estrecha, a lo largo, que aparentemente se terminaba hacia el exterior con un vidrio que cubría todo aquel lado, opuesto a lo que se hallaba tras él y que no podía ver, seguramente alguna puerta de acceso... La caja podía efectivamente pasar por una especie de habitación. A excepción de aquellas sobrias disposiciones arquitectónicas, todo lo que podía ver de las paredes y el techo desde su posición acostada e inmóvil, o más bien inmovilizada, mostraba una desnudez total: no había ninguna decoración, ningún dispositivo de vigilancia o de control, nada que pudiera mostrar intrusión alguna en aquel universo clausurado y de una total uniformidad. Tenía, de todos modos, un sentimiento extraño de que allí todo estaba cuidadosamente medido y controlado, y de que, en caso de necesidad, las condiciones en las que estaba colocado podían ser modificadas por alguna intervención. No podía rescatar ningún detalle material cuya materialidad podría haberle vinculado a un hecho del pasado, que quizá habría sacado del magma de los recuerdos un elemento, una llave hacia una ampliación de aquel campo limitado de conocimiento al cual estaba restringido.

¿Aquello era intencionado? ¿Formaba parte de un sistema que podía eliminar cualquier percepción, manteniendo la totalidad de las fuerzas vitales en una especie de letargo temporal que alguien podía hacer cesar en cualquier momento, restituyendo al instante todas las capacidades físicas y mentales del cuerpo de ese modo puesto en hibernación? Cuanto más intentaba rescatar simples detalles materiales, todo y que no se hubieran situado más que en el nivel de vagas generalidades, más tomaba conciencia de que aquellos detalles convergían efectivamente hacia una generalidad que todavía no podía discernir claramente.

Al levantar ligeramente su cabeza, se dio cuenta de que una especie de larga túnica blanca vestía su cuerpo; una túnica hecha de un tejido tan ligero que casi no sentía el contacto o los pliegues, pero que podía tener una función específica en relación con los otros elementos de percepción, y formar parte de todo un sistema que recogía y analizaba esos elementos, para determinar las intervenciones posibles en función de criterios fijados para aquel condicionamiento psicológico y mental. No era una noción muy clara, sino una especie de orientación de su espíritu, como una especie de eje de investigación que se ponía en marcha en aquel momento; una especie de corriente que tomaba sin duda caminos trazados en un pasado inaccesible.

¿Qué era, además, aquella especie de colchón sobre el que reposaba? Un colchón tan blando que le parecía que su cuerpo flotaba en una especie de levitación. ¿Sería una impresión suya? Sin embargo, bien reposaba sobre algo. No había duda tampoco que había una base en la que se encontraba aquel supuesto colchón, ya que, al volver la cabeza, se había podido dar cuenta de que estaba a cierta distancia por encima del suelo. Aquella base debía de tener una colección de sensores y de actores, toda una red compleja disimulada detrás de la superficie lisa, de modo que no aparecía nada que pudiera traicionar su función.

Las paredes estaban, por supuesto, desnudas, absolutamente desnudas, de una blancura inmutable. Igual que sin duda la base del colchón, el suelo y lo que veía del techo. Exudaban luz y calor, ya que no había rastro en ninguna parte de aparatos que dispensaran aquella atmósfera perfectamente adaptada a su cuerpo, y quién sabe si otros elementos que componían lo que empezaba a percibir como una total pesadilla... No tenía la sensación, fuera de aquella neutralidad de bienestar que así se le dispensaba, de percibir otra cosa que se le hubiera podido inyectar de algún modo del exterior, por ejemplo, un olor, un sabor, un tacto...

Le vino el pensamiento de que las paredes, detrás de su apariencia de perfección insípida, observaban y grababan todos sus parámetros de vida y todos sus movimientos comprendían y le devolvían en tiempo real todas las regulaciones que hacían que en ningún momento pudiera sentirse bien o mal, sino solamente quieto. Pero, ahí también, nada tomaba forma en aquella orientación de sus pensamientos que parecían proceder más de una simple imaginación que de una reflexión sostenida.

Por supuesto, hubiera podido intentar hacerse algunas preguntas concretas sobre lo que le quedaba de la consciencia de aquel funcionamiento fisiológico de ese cuerpo que percibía tan poco la información sensorial habitual. Sin embargo, esta constatación de estar sumergido, sin saber cómo, en una interacción de observaciones internas y externas, le había abierto, de algún modo, una ventana a su pasado. Recordó que se había encontrado asociado, no sabía exactamente cuándo, a experimentos destinados a poner el cuerpo humano en un estado de vela que no necesitaba durante un tiempo más que una especie de mantenimiento. No había visto en aquellos trabajos de investigación, al principio, más que un enfoque científico destinado a encontrar mejoras para un conjunto de enfermedades antiguas o nuevas, especialmente aquellas que eran calificadas como enfermedades raras.

En aquel entonces él creía firmemente en aquella noción de progreso económico y social ilimitado hacia una sociedad perfecta, gestionada por gente competente, lo cual correspondía al pensamiento dominante y poco cuestionado de su época. Si aquello implicaba una profesionalización de todos y cada uno, aquello no le molestaba nada, ya que entonces pensaba que cada individuo y la sociedad entera sacarían provecho y estabilidad.

No fueron tanto aquellas indagaciones en sí mismas las que le llevaron a intentar ver cuál era la dimensión real y el sentido de aquella investigación, que pensaba limitada a un ámbito estrictamente médico o a la mejora de la preservación de la especie humana. Sin embargo, por ciertos detalles aparentemente insignificantes, había empezado a dudar un poco de las afirmaciones oficiales sobre su finalidad, ya que no comprendía el porqué de aquellos detalles. Aquello no había, sin embargo, hecho tambalear las convicciones que había profesado hasta entonces, encerrado en el yugo de su progresismo de buena ley que formaba, por así decirlo, la sustancia del Sistema en el cual él estaba incluido, y del cual era él mismo, como tantos otros, la justificación ideológica... De todas maneras algo se había insinuado en aquella muralla que permitiría, a otros hechos idénticos, ampliar esa fisura hasta convertirse en una verdadera brecha en sus certezas.

Fue puramente por azar, en ocasión de algún vagabundeo documental, que tropezó con investigaciones de urbanismo y arquitectura, aparentemente muy alejadas de esos estudios pretendidamente médicos que atañían el cuerpo humano. Aquellos documentos, ojeados primero distraídamente, cubrían un campo tan vasto que comprendió rápidamente que englobaban sus propias actividades y les daban un sentido global mucho más allá de lo que hubiera podido imaginar jamás.

Allí, todo quedaba dicho sin ambages. Procedían de un carácter histórico, para cernir bien lo que había sido, desde el nacimiento y el desarrollo del Sistema, un problema fundamental recurrente, pero al que, por un montón de razones, no se había implementado más que soluciones individuales o en marcos limitados, forzando, además, al mantenimiento de un enorme aparato que dispensaba una represión y controles a todos los niveles. Por eufemismo, se le llamaba a menudo “el problema de la vivienda” o el de la “movilidad de la fuerza de trabajo”. Hasta entonces, el Sistema había tomado el camino equivocado para una buena parte, porque no disponía de instrumentos necesarios para resolver los problemas. Pero, de hecho también, porque no podía contemplar otra cosa, visto el estado avanzado del conjunto de las técnicas. Pero, hoy, todo parecía permitido: bastaba con reagrupar todo un conjunto de investigaciones en ámbitos muy diversos para permitir responder a los problemas que se trataban hasta entonces separadamente, es decir, sin relacionarlas con su finalidad global original. El problema ya no era “cómo contener esas poblaciones en los sectores geográficos en los que la necesidad económica los hacía concentrarse, dándoles cierta libertad necesaria para su supervivencia, limitada por un control ideológico y policial cuidadosamente medido según lo que podían requerir las necesidades globales del Sistema”. El problema se hacía mucho más vasto, pero a la vez más simple, puesto que permitía resolver e incluso eliminar todos aquellos problemas anexos que envenenaban la vida armoniosa del Sistema, costaban terriblemente caros y debían constantemente cuestionarse en una dialéctica acción-represión comprometida entre el Sistema y el conjunto de los portadores de esa fuerza de trabajo.

En el pasado, durante la subida en potencia del Sistema, aquel problema esencial – cómo tener una fuerza de trabajo inmediatamente disponible – siempre se había planteado, pero no se había podido resolver, y solo temporalmente, no tanto en función del avance del Sistema como de las estructuras que correspondían a aquel avance, de las técnicas de producción y de las ideologías que recubrían el todo. Se podía decir que todo había sido experimentado sucesivamente o concomitantemente, pero siempre de un modo parcelario que respondía a los intereses particulares en un espacio geográfico o industrial limitado, y nunca en una escala global, es decir, englobando todas las actividades mundiales comunes a todas las divisiones geográficas y profesionales.

Así se pasó de los dormitorios en el lugar de producción a las unidades de trabajo rusas o chinas, prolongación de las visiones utopistas estilo falansterio, a las ciudades jardín adyacentes a la fábrica cuando se buscaba una mano de obra estable utilizable a lo largo de toda la vida, y a la cual se le imponía todas las condiciones propias de la renovación de la fuerza de trabajo. Sin embargo, todo había evolucionado en los países más avanzados. Se habían empezado a desarrollar ciudades no identificadas por una empresa, situadas geográficamente de manera que pudieran proveer con fuerza de trabajo diversos lugares de producción, reservas donde era posible extraer según las

necesidades. Estas reservas habían acabado por especializarse de algún modo, no en función de una empresa, sino en función de la calificación y del nivel social de los portadores de la fuerza de trabajo. Esto había existido siempre con los barrios populares, pequeños burgueses o ricos, pero había tomado una dimensión mayor, y habíamos asistido sobretodo a la creación en la periferia de las ciudades, cuyo corazón estaba cada vez más reconquistado porque se llamaban las “nuevas clases medias”, una especie de guetos de “precarios” que iban de los barrios de chabolas salvajes a multitud de torres de viviendas protegidas. Salvando las diferencias, bajo formas extremadamente diferenciadas, no estaban lejos de esos hoteles para proletarios japoneses que no eran más que un simple compartimento alargado en el que no se podía hacer otra cosa que descansar o dormir.

Finalmente, fue reflexionando sobre este histórico como tomé conciencia de aquel proyecto grandioso cuya pretensión era resolver definitivamente dos pájaros de un tiro, por un lado el aprovisionamiento regular e inmediato de una fuerza de trabajo totalmente flexible y, por otro lado, el problema casi insoluble que ponía hasta entonces, bajo formas a la vez históricas y concomitantes, la obligación económica de acumular concentraciones de portadores de la fuerza de trabajo, fuente casi eterna de conflictos sociales y de necesidades represivas costosas a la vez que ineficaces. El problema había incluso tomado recientemente otra dimensión por el crecimiento de la población mundial, las mutaciones tecnológicas, en una sobreinversión que fabricaba a diestro y siniestro “inútiles” almacenados en guetos de precarios o los barrios de chabolas del tercer mundo. En todos lados, tanto en la fuerza de trabajo usada como en los que se quedaban así “a disposición”, surgían contestaciones de aquellas concentraciones pequeñas o grandes sobre las cuestiones relacionadas esencialmente con la supervivencia, contestaciones que podían alcanzar formas inéditas o formas violentas, que, incluso si no se expresaban abiertamente como tales, eran transgresiones y ataques a la estabilidad necesaria del conjunto económico. El Sistema vivía, de hecho, con la obsesión (el miedo) de que todos esos movimientos específicos, aislados y localizados, pudieran unirse a una escala tal que los medios de represión resultarían ineficaces o deberían situarse en un nivel irregular, cuya utilización podría desencadenar situaciones tan peligrosas como imprevisibles para el Sistema.

En un relámpago, volvió a ver e incluso revivió algunos de aquellos grandes movimientos que, desde hacía cerca de dos siglos, habían sacudido de manera recurrente las masas que salían del lugar de producción donde estaban restringidas, intentando cambiar el curso de su vida, sin poner quizá el Sistema en peligro, pero obligándolo a responder a los problemas surgidos de su propio funcionamiento. Esta recurrencia de problemas idénticos, aunque se inscribían en una dinámica, era el talón de Aquiles del Sistema y hasta entonces sólo había sido resuelto, temporalmente, por la fuerza. Desfilaron ante sus ojos toda una mezcla de imágenes, unas reales de las grandes manifestaciones, de aquellas irrupciones de masas de explotados que había podido ver o a las cuales había incluso participado, sobreponiéndose a otras de ficciones cinematográficas que le habían entusiasmado. Todo ello se multiplicaba bajo formas o dimensiones diversas que se habían pegado a su memoria. Esto fluía como un río entre lo imaginario y lo real.

Fue entonces cuando pensó en una cuestión que nunca se había planteado realmente hasta entonces con aquella precisión. ¿Por qué había llegado allí donde reposaba actualmente? ¿Había tomado conciencia de la realidad de aquel proyecto –de una unicidad no admitida y relegada a las altas esferas dirigentes– del cual había descubierto por azar dos de sus cabezas –el médico, de rostro humano de control total de las funciones del cuerpo, y el arquitectural, de almacenamiento de seres condicionados ¿Había ciertamente otras? ¿Había hablado de ello a otros o incluso intentado organizar una especie de resistencia hasta el punto de ser apartado y de ser uno de los “beneficiarios” de aquel proyecto total y totalitario mucho más avanzado de lo que pensaba? ¿O había participado en una manifestación más o menos grande o alguna otra acción de los oponentes a aquel proyecto? De una manera o de otra, habría sido detenido y “condicionado” para ser metido en el cubículo donde se encontraba. ¿Pero aquello solo concernía a aquellos opositores que había que neutralizar, o solo era una pequeña parte del vasto proyecto que había intuido? El Sistema habría conseguido así su finalidad de almacenar, eliminando todos los riesgos, todos aquellos portadores de fuerza de trabajo ya fueran reales o potenciales, de modo a tener a su disposición en todo momento al ser humano capaz de cumplir una función precisa durante el tiempo necesario y volver a meterlo en su cubículo –a disposición.

No podía excluir una u otra de aquellas hipótesis, pero podían ser también ambas a la vez. Si aquel proyecto faraónico a escala mundial (cosa que no podía descartarse, ya que todos los Estados del Sistema tenían el mismo interés en resolver el mismo problema) sería efectivamente una verdadera revolución: la perennidad del Sistema estaría asegurada, ya que todas las relaciones sociales estarían controladas por la sola implementación de aquellas técnicas polivalentes extremadamente sofisticadas. Y además, unas enormes economías de todos lados, sobre todo con la supresión de todas las organizaciones de control social, tanto materiales como ideológicas, pero también con las posibilidades de una planificación racional total. Ningún riesgo más de ningún tipo, ya que cualquier diferencia tanto individual como colectiva sería no solo neutralizada sino eliminada. Sin necesidad de polis, prisiones, psicólogos, servicios sociales, ayudas diversas e incluso médicos y hospitales: una reconstrucción social total, verdaderamente revolucionaria. Todo el coste de investigaciones que habrían conducido a aquella organización nueva, así como su coste presente de funcionamiento, sería ampliamente compensado. Mirándolo de cerca, no era tan nuevo, era solo la culminación de una multitud de vanas tentativas que remontaban a la noche de los tiempos, efímeras, localizadas, inadaptadas, rápidamente obsoletas, que aspiraban todas, sin embargo, a esa “objetivización” de la fuerza de trabajo, reduciendo sus portadores, los seres humanos, a una simple materia prima disponible a voluntad en calidad y cantidad.

Aquella total flexibilidad siempre había sido y todavía era, más allá de las cuestiones globales relacionadas con el mantenimiento del orden social, la preocupación mayor de todos los “utilizadores” de la fuerza de trabajo, reducir los “utilizados” al estado de una materia prima como otra. Su sueño era tener a su disposición inmediata una fuerza de trabajo con la calificación requerida en condiciones óptimas, que permitiera enfrentar a todos los avatares previsibles o no, en todos los escalones diversos de la organización global del Sistema. Ahí también los extravíos del Sistema habían conducido a una competición sin límites y a una multitud de conflictos entre los Estados. ¿Aquel

progresismo desenfrenado había conducido finalmente a la implementación de un Sistema del cual esos problemas destructores habían sido eliminados?

En tal caso, era la puesta en hibernación y en almacenamiento de millones de “productores útiles”, etiquetados en función de su profesionalismo anterior, pero también de su condicionamiento (de hecho, de su resistencia física y mental) y pudiendo ser “operacionales” algún tiempo, e incluso ser “perfeccionados” o “reciclados” en función del desarrollo de las técnicas, para ser recolocados en su casilla de almacenamiento, debidamente etiquetados. Poco importaba finalmente su pasado. Su “puesta en actividad” en los varios minutos de su “salida de la caja” podía situarse en cierto lugar definido para una utilización individual o colectiva, de tal modo que, aunque eran numerosos, no se podían potenciar resistencias ocasionales. En todo momento este “trabajador” podía ser retirado del circuito y vuelto a colocar en su casilla, eventualmente tras un nuevo condicionamiento.

El Sistema podría incluso permitirse el lujo, para aquellos que estuvieran en “final de recorrido” y que habrían sido “utilizados” demasiado, ponerlos en asilos equipados donde podrían incluso dar vueltas a sus revueltas pasadas sin saber cómo los habían conducido allí.

Todo ello se acumulaba en su cabeza en una especie de galimatías del que brotaba una forma de angustia sobre todo en relación a sí mismo. Sus errores en su pasado difuso y en aquellas elucubraciones a partir de lo que podía percibir, lo condujeron a querer saber más sobre lo que significaba realmente su presencia en aquel lugar, y cuál era aquel lugar. Sin saber bien por qué, casi instintivamente, intentó levantar su cabeza para procurar ver lo que había detrás de aquel ventanal envitrinado que, de hecho, constituía la totalidad del muro que daba al exterior. En un instante, incluso se preguntó cómo podía hacerlo en aquella cama tan suave pero que no comportaba un punto de apoyo. Pero el hecho es que lo consiguió.

Una breve mirada, producida por aquel esfuerzo que juzgó casi sobrehumano, le fue suficiente para fijar una imagen, que pudo detallar a placer, una vez su cabeza recaída. Una imagen tan sorprendente como desconocida, pero asimismo casi esperada, ya que confirmaba los peores temores que habían atravesado, de un modo fulgurante, su espíritu algo molesto algunos instantes antes. Estaba, manifiestamente, sobre una especie de torre, una de esas innumerables torres, cientos, miles quizá, que se erguía como un gran cuello en el borde de una especie de gran depresión donde miles de luces centelleantes fijas o móviles dibujaban los contornos de una gran ciudad. Esas torres eran manifiestamente aquellos lugares de almacenamiento en los que acababa de pensar, de almacenamiento de fuerza de trabajo disponible en todo momento para las tareas diversificadas que la ciudad podría requerir. Y él era uno de los “pensionistas” de aquellos depósitos.

El Sistema había pues realizado con éxito su proyecto, del cual, en su pasado, únicamente había adivinado (por casualidad) su coherencia y sus grandes líneas; y se había encontrado preso, por alguna razón, poco importaba, en una red de almacenamiento, de la cual no veía ninguna forma de evadirse. Todo estaba

completamente bajo control, escapando a toda voluntad individual, al menos en aquella imagen que permanecía grabada ante sus ojos. El Sistema había construido la totalidad.

Pero vino entonces el pensamiento de que en esta perfección, lo que él vivía presentemente –conscientemente– (incluso si esta consciencia era incoherente y vaga) era perfectamente incongruente. Aquello sólo podía explicarse si había en alguna parte una fisura, puesto que él estaba allí reflexionando a partir de fragmentos de su pasado e intentando recolectarlos para interpretar la sensación que encontraba en el medio donde se encontraba sumergido. ¿Qué es lo que podía darle acceso a una tal evasión si no un error informático cualquiera en todo el sistema de control, de vigilancia y de órdenes rectificativas? Su intelecto y su imaginación, e incluso algún esfuerzo físico, podían pues encontrarse en acción independientemente de todos aquellos condicionamientos. Entonces se puso a delirar un poco.

Puesto que aquello le ocurría, sin duda no era el único en salir así del sudario técnico en el que estaba encerrado. Y si otros, miles, millones quizá, se encontraban así pudiendo reflexionar sobre su reposo forzoso, queriéndose mover, ¿Por qué no vería las multitudes de esclavos saliendo de sus reservas y convergiendo hacia los centros neurálgicos de aquella ciudad cuyos contornos él había adivinado? Vio así millones de aquellos fantasmas en camión blanco irrumpir en las pendientes de la depresión que había intuido. Quizá igual que en la locura de la confianza absoluta de la técnica, el sistema había suprimido totalmente toda fuerza de protección de los centros vitales, toda policía u otro instrumento de represión de una revuelta que ya no podría existir; aquello había devenido no sólo costoso sino totalmente inútil y obsoleto. Ya nada se opondría a que el orden del Sistema fuera barrido y que otra cosa fuera reconstruida. Aquello le provocaba vértigo.

La gran masa que se ponía así en marcha a través de la fisura del Sistema no era quizá más que una multitud amebiana, aunque la cantidad mutaba en calidad y todo se organizaba. De pronto, sintió una especie de pinzamiento como si una puerta se volviera a cerrar. Automatismo o no, alguien o algún mecanismo había activado un “contra”, un “rectificativo”. ¿Contra él solo o contra aquellos otros miles? ¿Cómo saber? ¿Cómo reaccionar para escapar a lo que él pensaba que era una “vuelta al orden” con, quizá, una eliminación por haber sido “corrompido”?

Una angustia sorda se apoderó entonces de él y le encargó imperativamente hacer lo imposible; intentar lo que fuera para salir, sin demora, de aquello que presentía. En un último esfuerzo por recuperarse de lo que sentía confusamente como un avance insidioso, consiguió llevar una de sus manos sobre la repisa que se encontraba cerca de su cama y a la cual no había prestado atención hasta entonces. Sintió bajo sus dedos un pequeño objeto duro que consiguió agarrar y acercarse. Por extrañamiento que pudiera parecer, reconoció, sin embargo, un teléfono móvil. Presencia completamente incongruente. ¿Quién había podido dejar aquel instrumento -quizá de otra edad- en todo caso bien inútil en su caja de prisionero bajo control constante? ¿Un olvido de un operador de mantenimiento o acaso una trampa para prevenir cualquier error informático y tentativa de evasión como la que él vivía?

Poco importaba, después de todo. Al diablo las preguntas. Al diablo lo que podía ocurrir. Ya que tenía en las manos aquel instrumento, más valía utilizarlo para intentar contactar con el exterior. Ya vería. Aquello era tanto más urgente cuanto que sentía aún la progresión de aquella puesta en marcha hacia la normalidad del condicionamiento, y que dentro de poco sin duda estaría incapacitado para moverse y quizá incluso para hablar. No sabía a quién llamar, pero tenía que hacer algo, intentar el todo por el todo.

Le vino a la cabeza un número de teléfono, sin duda porque lo había utilizado con frecuencia otras veces. 01 42 80 11 116. Con dificultad, consiguió marcarlo. Sonaba en algún lugar. Alguien descolgó y escuchó una voz de mujer, una voz que no conocía. ¿Lo habían cambiado todo? Poco importaba. Le sorprendió tanto que solo pudo balbucear: “Estoy en peligro, necesito ayuda. Es urgente.” La voz le respondió, con algo de burla, con algo de guasa, “Amigo mío, háztelo mirar. Yo me vuelvo a la cama. Hasta luego.” Y la voz colgó.

No sabía qué más hacer. Aquello funcionaba, por supuesto, pero quizá de una forma distinta. Aunque, ¿por qué no volver a intentarlo? También podía haberse equivocado de número. Volvió a probarlo desesperadamente: 01 42 80 11 16. Tras algunos tonos, descolgaron de nuevo. Pero reconoció inmediatamente la voz: una voz dulce y querida. Era ella, seguro, y se precipitó con sus palabras balbuceantes: “Estoy en peligro. Estoy prisionero. Es preciso venir a liberarme. Rápido, estoy amenazado.” No sabía decir otra cosa. Pero la voz respondió de forma calmada y tranquilizadora: “No, no estás en peligro. Estás en el hospital. Te acaban de operar de urgencia. Todo ha ido bien. Tranquilo. Descansa. Procura dormir. Vendré a verte durante el día. Un beso.”

Esto fue todo. Todos aquellos esfuerzos le habían costado tanto que estaba agotado. Serenado, cayó en el sueño y el olvido.

Hasta otro despertar en que todo sería diferente.

Henri Simon. Hab 467

Diciembre de 2011